

Praxis editorialista y proyecto intelectual en el itinerario de Héctor Schmucler: avatares de la emergencia de los estudios en comunicación y cultura en la Argentina

Mariano Zarowsky UBA/CONICET
zarowskymariano@gmail.com

Tal vez sea posible pensar la *obra* de Héctor Schmucler desde las premisas que él mismo indicaba desde las páginas de la revista *Los Libros* cuando, informando acerca de un giro en el perfil y la orientación de la publicación que dirigía desde 1969, sostenía “que el formato libro no privilegia ninguna escritura” y que por entonces fuera posible que las obras más importantes se estuvieran escribiendo no en los libros, sino “en las noticias periodísticas o en los flashes televisivos. O en los muros de cualquier parte del mundo” (*LOS LIBROS*, editorial, N°8, mayo de 1970).

En efecto, la *obra* de Schmucler, quien publicó su primer libro en coautoría con Armand Mattelart recién en 1983, a sus 52 años, se dispersa en un extenso número de artículos y trabajos, pero también en una pluralidad de formatos que invitan a pensarla desde una mirada plural o, de otro modo, si se entiende esta *obra* como una *praxis vital*, una confluencia de *textos* y de *prácticas significantes*. Abordarla supone dar cuenta de la trama que irradia en torno suyo este hombre de *actividad múltiple*: nos referimos a su *praxis editorialista*, como uno de los animadores de las revistas *Pasado y Presente* (en su primera época: 1963-1965), *Los Libros* (1969-1972) y *Comunicación y cultura* (1973-1985); pero también a su trabajo como editor en la editorial Siglo XXI de Argentina, a su trabajo como *crítico literario* y como *docente universitario*. En el itinerario de Schmucler, estas actividades orbitan en torno a una concepción de la tarea intelectual que definió su politicidad en tanto *crítica política de la cultura*; una tarea que, en algunos de sus múltiples avatares y al calor de los acontecimientos sociales que conmovieron al país en los años sesenta y setenta, devino militancia en su sentido más estrecho.

Desde otro ángulo, reconstruir algunos momentos significativos de la trayectoria de Schmucler es productivo para poner de relieve el modo en que la emergencia y consolidación de los estudios en comunicación en la Argentina y América Latina en los

años sesenta y setenta se entrelaza con su historia cultural: la radicalización y “latinoamericanización” de una franja de su campo intelectual, la emergencia de la comunicación —en tanto problemática específica— como efecto de la renovación intelectual de la crítica literaria, la existencia de una red de intercambio intelectual entre instituciones y formaciones culturales de Argentina y Chile al calor de la atracción que despertó el proceso político chileno en los años setenta en nuestro país, la problematización del estatuto de la cultura y de la función del intelectual como modo de asumir por parte de esta franja social su politización; todos estos elementos constituyen el *intertexto* que subyace a la aparición de *Comunicación y cultura*, una revista que indica —al menos retrospectivamente— la existencia de un momento de consolidación disciplinar de los estudios en comunicación en el país. El itinerario de Héctor Schmucler, confluencia de *escritura, praxis editorial y militancia política*, nos permite pensar la emergencia de este espacio de saberes como una trama abierta de relaciones con otras disciplinas y con núcleos de problemas emergentes en el campo cultural y político.

La gestación de un programa: latinoamericanización, política y comunicación en la experiencia de *Los Libros*

En 1969, tras su retorno al país luego de una estadía de estudios en Francia dirigido por Roland Barthes, Héctor Schmucler le propuso a Guillermo Schavelzon editar una revista que, siguiendo el modelo de la *Quinzaine Littéraire* francesa, fuera un vehículo para la difusión de comentarios bibliográficos sobre las principales novedades editoriales del país. Pronto Schmucler asumiría la dirección del proyecto, la revista *Los Libros*. A esta impronta de modernización cultural Schmucler le sobreimprimía una voluntad de renovación de la crítica literaria que, bajo inspiración barthesiana, buscaba redefinir sus marcos teóricos y funciones. Así, en su primer número y casi a modo de manifiesto, Schmucler presentaba una de las premisas que orientaría la vida de *Los Libros*: la crítica se asignaba la ambiciosa tarea de *develar* en los libros la *ideología* que cargaba todo lenguaje, esto es, el “texto donde el mundo se escribe a sí mismo” (Nº1, 1969: 3); para ello deberían forjarse las herramientas teóricas y metodológicas que permitieran, con rigurosidad y precisión, emprender la nueva tarea crítica.¹

¹ Para una reconstrucción más detenida y analítica sobre la experiencia de *Los Libros* ver de Diego, (2007 [2003]), Fontdevilla, Pulleiro (2005), Grupo de Investigación de Revistas Argentina del Siglo XX (2005), Cousido (2008), Wolf (2009), Somoza, Vinelli (2011).

Al poco tiempo de lanzado el proyecto, en el editorial del número ocho de la revista (mayo de 1970) se anunciaba lo que se vivía como una suerte de giro en el perfil y la orientación de la publicación: “Ya se sabe que el formato libro no privilegia ninguna escritura” —se afirmaba— por lo que era “posible que las obras más importantes” se estuvieran escribiendo no en los libros, sino “en las noticias periodísticas o en los flashes televisivos. O en los muros de cualquier parte del mundo”. Estos textos, se concluía, “al igual que los libros tradicionales, requieren una lectura que descubra su verdad” (p. 3). Coincidentemente con esta extensión del campo de intereses de la revista (que se formulaba con una serie de operaciones entonces renovadoras: la ampliación de la noción de *texto* y la voluntad de *desacralizar* el hecho literario inscribiendo su significación y condiciones de posibilidad en una trama cultural más amplia) se informaba el comienzo de una etapa de “latinoamericanización” de la publicación. Así, la bajada que acompañaba el nombre de *Los Libros* desde su inicio (“un mes de publicaciones en Argentina y el mundo”) se sustituía por otra: “un mes de publicaciones en América Latina”. Se anunciaba entonces la incorporación de corresponsales de diversos países del continente al staff y de nuevos auspicios de editoriales latinoamericanas. En esta línea, poco tiempo después, el número 15-16 dedicado a Chile (enero-febrero de 1971) inauguraría una serie de números temáticos dedicados al análisis de los principales procesos socio-políticos latinoamericanos.

En función de nuestros intereses nos interesa subrayar dos momentos claves en la experiencia de *latinoamericanización* y *politización* de *Los Libros*. Por un lado, por las temáticas y debates que puso de relieve (pues la cuestión de la comunicación aparecería con fuerza a partir de entonces) y por las redes de intercambio intelectual que habilitó, el protagonismo que tomaron los sucesos en torno al ascenso y la caída de la Unidad Popular chilena de Salvador Allende (1970-1973). Por otro lado, el número dedicado a Cuba fue la ocasión para que se abrieran problematizaciones y tensiones de nuevo tipo en torno a las políticas culturales de la revolución o, en otra posible modulación, para que en la revista se reabriera un campo de reflexiones y reformulaciones sobre la cuestión intelectual, esto es, sobre los modos de concebir los vínculos de los intelectuales con la sociedad y la política.

En torno al proceso chileno, la red de intercambio que a través de *Los Libros* se habilitó con una serie de formaciones culturales e instituciones académicas del país trasandino es central para enmarcar la relación entre Armand Mattelart y Héctor Schmucler, un vínculo por demás prolífico que marcará como ninguna otro la

emergencia de un espacio de saber en torno a los fenómenos de la comunicación y la cultura de masas en la Argentina y el continente, en especial a partir de la publicación y presentación en la Argentina por parte de Schmucler de *Para leer al Pato Donald* en la editorial Siglo XXI, y de la salida de una de sus revistas especializadas “pioneras” que ambos codirigirán a partir de 1973: *Comunicación y cultura*.

El interés de una franja del campo intelectual y académico argentino por el mundo de las ideas y la política chilena reconoce una diversidad de determinaciones, donde se destacan el despliegue que desde los años sesenta había marcado el desarrollo y la institucionalización de sus ciencias sociales —que se habían convertido en un auténtico polo de referencia regional— y, por otro, ya entrada la década del setenta, la expectativa que desató el proceso político y cultural que desembocó en el triunfo de Salvador Allende, en septiembre de 1970.² Se pueden seguir en *Los Libros* una serie de marcas que ponen de relieve el ascendiente que ejerció la situación chilena en la revista —con especial relevancia en relación con la emergencia de una zona de problematización de los fenómenos de la comunicación y la cultura— y el modo en que se configuró una red de intercambio de ideas entre formaciones culturales e instituciones a uno y otro lado de la cordillera.

En el número 8 (mayo de 1970) en el que se anunciaba la “latinoamericanización” de *Los Libros* y la ampliación de las temáticas que abordaría la revista, se enseñaba también su nuevo staff de corresponsales, cuyo primer lugar en el orden de presentación lo ocupaban los representantes en Chile: el escritor Enrique Lihn y la investigadora Mabel Piccini. Piccini, una argentina cordobesa emigrada al país trasandino junto a su esposo, el historiador Carlos Sempat Assadourian, antiguo miembro del consejo de redacción de la revista *Pasado y Presente*, investigaba junto a Armand Mattelart en el Área de Cultura e Ideología que éste había organizado en el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) de la Universidad Católica de Santiago de Chile en 1969, y oficiaba junto a su esposo como “pasadora” de los *Cuadernos Pasado y Presente* en este espacio de socialización intelectual.³

A partir de este número los intercambios entre ambas formaciones se reforzarían. En el número siguiente (Nº9, julio de 1970) *Los Libros* dedicó una breve reseña a la salida del Nº3 de los *Cuadernos de la Realidad Nacional* (marzo de 1970), la revista del CEREN que por entonces dirigía Jacques Chonchol. Este número especial monográfico,

² Al respecto ver Beigel (2010, 2011). También me permito remitir a Zarowsky (2013).

³ Me permito remitir al lector a Zarowsky (2013).

titulado “Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal en Chile”, reunía artículos de Armand y Michèle Mattelart y de Mabel Piccini. El comentario de *Los Libros*⁴ se iniciaba destacando que el trabajo se inscribía en una tradición de las Ciencias Sociales que no sólo discutía sobre la validez de los trabajos particulares sino también sobre “la inserción de éstos en el marco de la realidad en que se inscriben y producen” (Nº9, 1970: 22). La “espectacular trascendencia” que había adquirido este libro en el proceso político chileno, según se informaba (había agotado una segunda edición después de haber tenido una “repercusión insospechada en todos los órganos de prensa y alcanzar el debate público desde las tribunas de diversos candidatos para las próximas elecciones”), agregaba “un interesante e inédito elemento de juicio” a la polémica señalada. Por otra parte, la reseña destacaba la perspectiva de análisis y el programa de investigación: el equipo del CEREN estudiaba “la naturaleza de los ‘Medios’ chilenos” desde la perspectiva de la “semántica estructural” y el artículo de Armand Mattelart referido al “marco del análisis ideológico” reivindicaba “una metodología capaz de hurgar en la estructura profunda del discurso”. Por último, luego de destacar la existencia del CEREN como marco institucional donde se desarrollaba este programa en la Universidad Católica de Santiago de Chile, *Los Libros* subrayaba que, en relación con la temática abordada y la perspectiva adoptada, el número especial de los *Cuadernos de la Realidad Nacional* sobre los medios masivos era el “primer trabajo de esta envergadura realizado en América Latina”.

Se puede leer entonces, más allá de las diferencias y matices, una zona de coincidencias entre los programas de investigación e intervención del grupo que coordinaba Mattelart en Chile y el de *Los Libros*, en tanto asumían una perspectiva de análisis estructural que definía lo ideológico implícito en la cultura y la comunicación como objeto de investigación a desplegar y como estrategia de intervención intelectual, esto es, como modo hacer de la crítica de la cultura una modalidad de intervención política.

Que las expectativas que generaba el proceso chileno en las páginas de *Los Libros* tuvieran en buena medida a la figura de Armand Mattelart como referencia no era un hecho casual. La reflexión sobre los vínculos y las tensiones entre cultura, medios masivos y revolución socialista que ocupaban por entonces al pensador belga —y que lo volvían un referente polémico en el campo de la izquierda chilena— interpelaban al

⁴ Si bien no se le puede atribuir la autoría del comentario, dado que no llevaba firma, por el mismo motivo se puede inferir que Schmucler asumía la responsabilidad por lo publicado.

propio programa de la revista argentina y su colocación en el espacio de la nueva izquierda local. En su número doce de octubre de 1970 (Salvador Allende había ganado las elecciones tan sólo un mes antes y se preparaba para asumir en noviembre) *Los Libros* publicaba en su sección “sociología” una reseña de Patricio Biedma (1970) sobre *Juventud chilena: rebeldía y conformismo*, un libro recién aparecido por entonces de Armand y Michèle Mattelart. Biedma, un joven sociólogo argentino que había emigrado a Chile poco tiempo antes, destacaba que las encuestas que analizaban los Mattelart en su trabajo permitían “descubrir toda la trama del mito burgués” de la juventud, y señalaba como tarea pendiente la necesidad de avanzar sobre un eje de análisis semántico de dichos discursos. Poco después, en el editorial del número siguiente (Nº13, noviembre de 1970) se expresaba el fervor que en la franja intelectual que orbitaba alrededor de la publicación producía la asunción de la Unidad Popular: la experiencia política chilena que tenía lugar en esos días abría “un mundo de problemas y de perspectivas de gran interés para América Latina” y *Los Libros* se asumía como parte de ese proceso: “ha sentido un deber participar de esos acontecimientos, y en este momento un grupo de especialistas trabajan en Chile dirigidos por Armand Mattelart en el material que integrará un próximo número”, se informaba (p. 3). De este modo se anticipaba la salida de lo que sería el número especial sobre Chile, el 15-16 que, fruto del trabajo de coordinación que realizaba al otro lado de la cordillera el secretario de redacción de *Los Libros*, Santiago Funes, se publicaría en enero-febrero de 1971.

En efecto, en el editorial de este número se afirmaba que Chile ocupaba desde noviembre del año anterior “un lugar privilegiado en el interés de la historia contemporánea” (Nº15-16, 1971: 3). Con la asunción de Allende se había “reordenado el cuadro de la situación latinoamericana” y la expectativa había interesado al “mundo entero”; “fase abierta de un proceso inédito en América Latina, el acceso al poder formal por parte de la Unidad Popular, comienza a verificar su importancia, sus dificultades, su potencia”, continuaba el editorial. Al presentar el contenido de la edición especial se destacaba el reportaje que Carmen Castillo, Carlos Sempat Assadourian y Santiago Funes habían realizado durante ocho horas con los pobladores del campamento “Che Guevara” y, en relación con la serie de artículos que analizaban aspectos económicos, políticos y culturales del proceso en curso (de James Petras, Norbert Lechner, Fermín Amina, Solon Barraclough, José Nun, Ariel Dorfman, Claes Corner), se subrayaba que “hubiera sido difícil reunir trabajos de esta significación sin la ayuda práctica de Armand Mattelart”, a quien se le había unido Santiago Funes en

Chile. Por su parte el investigador belga publicaba en este número un extenso trabajo: “Los medios de comunicación de masas en un proceso revolucionario” (1971), donde proponía un marco teórico general para pensar la naturaleza de la comunicación de masas en la sociedad capitalista desde una perspectiva marxista que, en su visión, poco se había ocupado de estas cuestiones.

Como se ha señalado en varias oportunidades, el número dedicado a Chile de *Los Libros* marcaría un punto de inflexión en su itinerario. Allí se anunciaba que, manteniendo el espíritu original que la animaba, se reforzaría la sección bibliográfica de la revista pero que, al mismo tiempo, a partir de entonces se procurarían ofrecer “panoramas informativos y analíticos de problemas vinculados al destino de las naciones latinoamericanas”, anunciado la “responsabilidad ahora insoslayable” que se asumía “con la transformación que los pueblos del continente parecen haber tomado en sus manos”. Si, como se ha observado, la *politización* de la revista se vivía de manera indisoluble como un proceso de *latinoamericanización*, nos interesa aquí poner de relieve cómo la *emergencia* y la consolidación de los *medios*, la *comunicación* y la *cultura de masas* como problemáticas se anudaban a este movimiento de conjunto. En este desplazamiento, la conexión práctica e intelectual con el proceso chileno fue decisiva.

El caso Padilla: variaciones sobre la cuestión intelectual

El número de *Los Libros* dedicado a Cuba (Nº20, junio de 1971) tuvo como epicentro la convulsión generada en torno al “caso Padilla”. Como se ha documentado, el episodio en relación con el escritor cubano produjo una conmoción en el campo intelectual latinoamericano y sirvió como ocasión para poner en discusión, de manera traumática, la orientación que tomaba la política cultural en la isla y los modos en que allí se habían forjado las relaciones entre los intelectuales y la revolución. Mirado de manera retrospectiva, el incidente produjo una fisura profunda en el espejo en el que los intelectuales latinoamericanos se miraban y frente al cual imaginaban su colocación en el proceso político que vivía el continente.⁵

El carácter espinoso de la cuestión llevó a Schmucler a convocar a una reunión del grupo de colaboradores cercanos y “amigos” de *Los Libros* para, como solía hacer frente a situaciones de este tipo, proponer una discusión colectiva que permitiera

⁵ Al respecto, ver, entre otros, Mangone (1997), Gilman, (2003). Para una visión en clave autobiográfica, Casullo (2007: 275-310).

desplegar los diversos puntos de vista que rondaban en torno al asunto. En el debate participaron junto a Schmucler, entre otros, Carlos Altamirano, Ricardo Piglia, Santiago Funes, y José Aricó. Según los testimonios retrospectivos, los dos primeros fueron más críticos de la posición cubana y los dos últimos, junto a Schmucler, más comprensivos (Somoza, Vinelli, 2011: 14-15). En el editorial del número, sin embargo, se explicitaba el método de trabajo señalando que durante varias horas los presentes no sólo había expresado “sus certidumbres”, sino que también se habían hecho evidentes “amplias zonas inexploradas del problema, así como la necesidad de una elaboración específica de las múltiples facetas que evoca” (p. 3). Así, antes que conclusiones y tomas de posición más o menos definidas, *Los libros* ponía de relieve lo que vivía como un momento de perplejidad y de nuevas búsquedas en torno a la problemática: las voces y documentos reunidos en el número, “a pesar de su provisoriedad” —se señalaba en el editorial— suponían “una apertura crítica no sistematizada”.

Aún así, el producto de la discusión colectiva publicado en ese número de *Los Libros*, “Puntos de partida para una discusión” (1971), exhibía algunos acuerdos de fondo. El documento tomaba como adversario polémico la “declaración de los 61” escritores contra lo actuado en el caso Padilla, señalando que en ésta subyacía “un determinado ‘modelo’ de participación del intelectual en el proceso político”: el esquema de la declaración, acompañado de las firmas prestigiosas, evidenciaba una idea de intelectual en el que éste se imaginaba como “el crítico del proceso histórico, el que atesora la teoría, el que vigila la pureza de los procedimientos” (p. 4). Ese papel de *negación* se edificaba sobre una idea: el saber nacía al margen de la producción. En el terreno opuesto —pero como revés de la misma problemática ideológica, se advertía— *Los Libros* ubicaba el “modelo populista” (las intervenciones en el debate de García Márquez o Rodolfo Walsh por ejemplo) que, apelando a los saberes populares, disolvía la problemática intelectual misma y “negaba la teoría a través de una demagógica defensa del sentido común”. En contraposición a ambos modelos, para *Los Libros* se trataba de pensar una “nueva definición del intelectual” que tomara como punto de partida “la crítica de las posiciones anteriores”. Por un lado, era preciso “destruir la idea de la función mesiánica del intelectual”; por otro, “negar la desaparición de toda especificidad”. En esta dirección se sostenía como punto de partida mínimo que una definición revolucionaria del intelectual debía “concebirlo con su especificidad, en el seno de las masas” (p. 4). Se trataba entonces de problematizar la cuestión en la que, de fondo, se inscribían los usos de la cultura: la relación entre los intelectuales, la dirección

revolucionaria y las masas. Los vaivenes de la política cultural cubana, desde su “liberalismo” inicial (así *Los Libros* leía el alcance de la consigna de Fidel Castro: “dentro de la revolución todo; fuera de la revolución nada”) a las iniciativas que permitían, aunque tibiamente, sentar las bases para poner en discusión los contenidos y formas de organización de una nueva cultura (campañas de alfabetización, comités de defensa de la revolución etc.), indicaban para la revista una línea que apuntaba a modificar las estructuras que la condicionaban y la ideología que la sustentaba. Y esto suponía “iniciar un cuestionamiento permanente de los procesos de elaboración intelectual y de la existencia misma de la categoría que en las sociedades clasistas aparece como la natural productora del saber” (p. 5). El “caso Padilla”, se concluía, ofrecía entonces una ocasión para una “meditación política, como arranque para elaborar en conjunto, sin mágicas iluminaciones desde un centro dirigente, una política cultural” (p. 5).

En esta línea, la carta de Héctor Schmucler a Juan Goytisolo —director de la revista *LIBRE*— que se publicaba en el mismo número, se inscribía en esta problemática y era presentada por *Los Libros* menos como un gesto individual que como portavoz de “un grupo de intelectuales argentinos” (Editorial N°20, 1971: 3) y, en las propias palabras de Schmucler (1971: 30) como “el punto de encuentro de un núcleo de compañeros intelectuales”. Schmucler leía en el proyecto de *LIBRE* un modelo de intervención intelectual que —más allá del contenido manifiesto y de las intenciones de sus protagonistas— sometía al escalpelo de la crítica: allí confluían una serie de escritores consagrados por el mercado que utilizaban su prestigio para difundir un supuesto pensamiento revolucionario. El director de *Los Libros* objetaba este modelo desde una posición que llamaba “revolucionaria”. Escribía: “la buena voluntad de un grupo de intelectuales, alejados de los escenarios concretos donde se elabora la historia y no participes de una estrategia política que los incluya, puede producir significaciones opuestas a las que tienden” (p. 30). Al poner en cuestión el modelo del intelectual en tanto “conciencia crítica” y ensayar una forma posible de intervención intelectual, Schmucler y sus compañeros de *Los Libros* ponían en el centro del debate la relación entre cultura y revolución que, en contrapunto con otros sectores del campo de la izquierda, consideraban como una cuestión *estratégica*. Si la política no acompañaba la cultura, sino que, escribía Schmucler, *era* cultura, la revolución sólo podía ser concebida “como hecho cultural”, como un simultáneo y total reordenamiento de valores, estructurales y superestructurales. Esta subversión no debía esperar que el

poder cambiara de manos; era, por el contrario, una realidad que se construía en el proceso de destrucción del viejo poder. Contra una concepción estatista de la política Schmucler concluía su carta a Goytisolo situando el valor estratégico de la cultura, señalando que era en la “acción cotidiana” donde “se elaboran los datos de la nueva cultura que surgirá del aporte de todos y no de la difusión masiva de valores consagrados” (p. 30).

La significación de estas reflexiones a partir del caso Padilla deben situarse en una zona de intersecciones donde la discusión sobre la situación cubana se sobreimprimía con el debate de la izquierda local y el estado de movilización que generaba la situación chilena. En el caso particular de Schmucler, las expectativas que abría este proceso estaban mediadas por su relación con Armand Mattelart. Poco tiempo después de publicadas estas notas en *Los Libros*, y luego de una estadía en Santiago de Chile, Schmucler cruzaba la frontera con un ejemplar de *Para leer al Pato Donald* (un año antes había salido su primera edición por la editora de la Universidad de Valparaíso), de Ariel Dorfman y Armand Mattelart, para publicar en Siglo XXI de Argentina. El prólogo que Schmucler escribió para la nueva edición enmarcaba el trabajo en cuestión y con ello los posibles sentidos que jugaba con su apuesta editorial: no sólo subrayaba las aristas más significativas de la perspectiva de trabajo que organizaba el texto crítico sobre las historietas de Disney (dicho de manera algo esquemática: la crítica ideológica de impronta barthesiana de las mitologías que diseminaba la comunicación de masas) sino que lo cargaba de una explícita significación política. En “Donald y la política” Schmucler escribía que en Chile

se volvía a comprobar que la relación estructura/superestructura mantiene un vínculo bastante más estrecho que el vulgarizado por un pensamiento que, aunque se quiere revolucionario, repite los gestos de un positivismo rigurosamente mecanicista. En la llamada estructura se subsume, en realidad, la totalidad de las relaciones sociales. Es uno solo, por lo tanto, el momento de cambio (...). La ideología, pues, no se ofrece como un terreno epifenoménico donde ‘también’ (pero más tarde) debe librarse una batalla, según lo afirma una izquierda mostrenca y desanimada. La revolución debe concebirse como un proyecto total aunque la propiedad de una empresa pueda cambiar de manos bruscamente y lo imaginario colectivo requiera un largo proceso de transformación. Si desde el primer acto el poder no se postula como cambio ideológico, las buenas intenciones de hacer la revolución concluirán inevitablemente en una farsa (...) Si esto no se entiende, si la “lucha ideológica” no adquiere primordial importancia, se castra la función del proceso

revolucionario que tiende, básicamente a reordenar el sentido de los actos concretos” (Schmucler, 2002 [1972]: 3-5).

¿Cómo no leer en esta presentación, donde Schmucler reponía el debate de la izquierda chilena en el que *Para leer al Pato Donald* se insertaba, una toma de posición en su entorno local con respecto al modo de concebir la lucha ideológica y el papel de la cultura y el mundo de lo cotidiano en un proceso de transformación socialista? ¿Cómo leer si no es referencia al debate de la izquierda local la acusación que allí arrojaba a esa “izquierda mostrenca y desaminada” que soslayaba la batalla ideológica en la que Schmucler situaba la tarea de la crítica? Para reponer este intertexto basta recordar el propio editorial del número ocho de *Los Libros* (mayo de 1970) en el que, como balance de sus diez primeros meses de vida, se respondía a las críticas que una franja de la izquierda local había echado a rodar sobre este proyecto editorial. Allí *Los Libros* sostenía la razón de ser de la revista y, contra cualquier ortodoxia o mecanicismo marxista, reafirmaba la dimensión política de su programa de crítica ideológica de los lenguajes en la cultura. Puesto que para quienes hacían la revista la literatura no era clasificable según la “mera subjetividad del consumidor” ni era producto de “zonas fantasmales de un escritor”, su programa no podía ser otro que “la búsqueda de las estructuras reales que se descubren bajo formulaciones imaginarias. A ideas cristalizadas por la ideología, se han propuesto instrumentos que pueden develar los mecanismos profundos de esas ideologías (...)”. Este programa de crítica de la ideología subyacente en los lenguajes de la cultura se vivía en toda su intensidad política: “es sabido que con la crítica de libros no se superará el subdesarrollo que padecen los países latinoamericanos. Pero es engañosa toda postulación transformadora que continúe hablando el viejo lenguaje. En la búsqueda del nuevo, *Los Libros* justifica su existencia”, se concluía.

La deriva posterior de *Los Libros* ha sido reconstruida en diversos trabajos.⁶ Más allá de los avatares de la ruptura de su consejo editorial y del alejamiento de Schmucler de la revista en 1972, nos interesa subrayar aquí dos aspectos del recorrido hasta aquí

⁶ Se ha reconstruido en los trabajos ya citados el conflicto que llevó al alejamiento de Schmucler de la *Los Libros* a partir del número dedicado al Gran Acuerdo Nacional (Nº27, julio de 1972). Las discrepancias en torno a la caracterización del GAN entre la fracción maoísta crítica del acuerdo (Beatriz Sarlo, Ricardo Piglia y Carlos Altamirano, quienes se habían sumado al consejo de dirección a partir del número 22, de septiembre de 1971) y el grupo que giraba en la órbita de Schmucler, por entonces inclinado hacia la izquierda peronista, explicaría la ruptura y la salida de éste. El número 28 de septiembre de 1972 fue el último en el que formó parte de su consejo editor y en el que participó con un artículo de su autoría (Schmucler, 1972).

propuesto: en la expectativa por lo que ocurría en Chile (en especial en materia de investigación sobre comunicación de masas) y en el protagonismo que tuvo Schmucler en el número sobre Cuba (esto es, en el modo en que procesaba ciertas redefiniciones sobre la cuestión intelectual), se puede leer la configuración de una zona crítica que contribuiría a forjar el programa de *Comunicación y cultura*. En este nuevo proyecto editorial que Schmucler animará junto a Armand Mattelart se puede rastrear una experiencia personal previa y una tradición que de alguna manera aquel invocaría, aunque de manera transformada: la de los gramscianos argentinos —Schmucler entre ellos— que en 1963 habían dado vida a la publicación de *Pasado y Presente*. Volver someramente sobre su programa fundacional y sobre el modo en que *Comunicación y cultura* lo actualizaba desviadamente nos permitirá poner de relieve las continuidades y desplazamientos que habitan entre ambas formaciones intelectuales; o, de otro modo, el hilo que une a través de la mediación de Schmucler este hito de la cultura de izquierda en la Argentina con las condiciones que enmarcan la emergencia de los estudios en comunicación en el país.⁷

Los usos de Gramsci

Permítasenos entonces retroceder diez años, a 1963. Se puede leer en el artículo de José Aricó (1963) que abría el número uno de *Pasado y Presente* una declaración de los principios que pretendían modelar el proyecto que reunió en torno a su figura a una serie de jóvenes intelectuales por entonces militantes del Partido Comunista argentino. Luego de desplegar en una clave explícitamente gramsciana una lectura de la trama que anudaba la historia de las revistas nacionales a la vida política y cultural del país (de *Nosotros* hasta el antecedente más o menos cercano e inspiración parcial de *Pasado y Presente*, la revista *Contorno*), Aricó subrayaba al final de su escrito que, a diferencia de sus predecesoras, la tarea que se proponía la nueva publicación no podía ser cumplida por el pequeño número de personas que la dirigían. Al interpelar a todos aquellos que al leer sus páginas pudieran comprender que animaba “a quienes las escriben el profundo deseo de *facilitar* el proceso de *asunción de una conciencia* más profunda y certera de nuestro tiempo”, Aricó enunciaba una aspiración que era, sin duda, todo un programa para la emergente publicación: puesto que “una revista no es en el fondo nada más que un mundo de lectores vinculados entre sí por sus páginas, del *mundo de lectores* que

⁷ Sobre la impronta gramsciana que asumía Mattelart me permito referir a Zarowsky (2013).

seamos capaces de *crear y estimular* depende nuestra suerte y nuestro porvenir” (p. 17).⁸ De este modo, proponiendo una traducción de las definiciones que había esbozado Antonio Gramsci en sus cuadernos de la cárcel sobre el estatuto y la función de las revistas culturales,⁹ Aricó auspiciaba una inequívoca función político-ideológica para *Pasado y Presente* (paradójicamente, recurría a un procedimiento similar al que tradicionalmente utilizaron las vanguardias estéticas para irrumpir en la escena de su tiempo: dirigiéndose a un lector que aún no existía; o, de otro modo, anunciando un vacío en la cultura de una época que ellas mismas se proponían llenar, tal como lo haría pocos años después en su presentación en sociedad la revista *Los Libros*). Si el lector debía ser *creado y estimulado* por la publicación era porque se pretendía “facilitar” en aquel una conciencia “más profunda y verdadera” de su época, esto es, una conciencia que no esquivara analizar los motivos del desencuentro entre “conciencia revolucionaria” y “acción proletaria” —según los términos de Aricó— o, para explicitar lo que en el texto apenas se velaba: entre los intelectuales del partido marxista y las masas peronistas.¹⁰

Exactamente diez años después de la publicación de este número inaugural de la primera época de *Pasado y Presente* (1963-1965), Héctor Schmucler, su secretario de redacción desde su segundo número, firmaría en junio de 1973, junto a Armand Mattelart y Hugo Assmann, el editorial del número inicial de una nueva aventura editorial que lo tendría como protagonista, la revista *Comunicación y cultura*. En sus primeras líneas sus editores escribían:

Cuando se inicia la publicación de una revista con las características de la que el lector tiene en sus manos, afloran, necesariamente, las preocupaciones que merecían a Antonio Gramsci un producto que él comprendía bajo la denominación amplia de ‘revista cultural’. Gramsci advertía que si una revista de este tipo no se vincula con un ‘movimiento disciplinado de base’, tiende inevitablemente a convertirse en expresión de un conventillo de ‘profetas desarmados’. Y, por supuesto, una revista *no crea* este

⁸ Salvo que se indique lo contrario, de aquí en adelante todos los subrayados me pertenecen.

⁹ Siguiendo explícitamente las ideas de Antonio Gramsci, Aricó definía a las revistas culturales como “una ‘institución cultural’ de primer orden”, en tanto centro “de elaboración y difusión ideológica, y de vinculación orgánica de extensos núcleos de intelectuales”. Las revistas cumplían esta verdadera acción de *organización de la cultura* —semejante al del Estado o los partidos políticos— sólo en cuanto devenían “centros de elaboración y homogeneización de la ideología de un bloque histórico en el que la vinculación entre *elite* y masa sea orgánica y raigal” (p. 9, *subrayado en el original*).

¹⁰ Sobre *Pasado y Presente* y sus legados en la cultura argentina ver, entre los trabajos más clásicos: Aricó (2005 [1988]); Terán (2013 [1991]); Crespo (1997), Tarcus (1999), Burgos, (2004).

movimiento: sólo puede aspirar a *acompañarlo*. Estas pertinentes reflexiones resultan imprescindibles para ubicar nuestra iniciativa” (1973: 4).

El recurso a Antonio Gramsci como inspiración intelectual para enmarcar el nuevo proyecto editorial remite a aquella también inaugural y programática traducción que hacía Aricó de las ideas del pensador italiano en *Pasado y Presente* en torno al carácter y función de una revista cultural, e indica una línea de continuidad entre ambas iniciativas en la que la figura de Héctor Schmucler oficia como uno de los eslabones que las conecta. Sin embargo, una mirada atenta a este párrafo inicial de *Comunicación y cultura* habilita a leer también algunos desplazamientos con respecto al plan que trazaba Aricó para su revista, que indican un acento diferente en torno al modo de entender la función de una revista cultural (o, en otras palabras, de concebir la tarea de la vanguardia): ahora, más que *crear* un movimiento, un *mundo de lectores*, tal como se proponía *Pasado y presente* en su primera época, *Comunicación y cultura* subrayaba que una revista de su tipo sólo podía pretender *acompañarlo*. Sus editores imaginaban que su función sería entonces la de “establecerse como *órgano de vinculación y de expresión* de las diversas experiencias que se están gestando en los países latinoamericanos, en el campo de la comunicación masiva”. No se trataba de asumir cualquier experiencia, sino las que favorecieran a los procesos de “liberación total” de las sociedades dependientes del continente (p. 3).

En este desplazamiento puede leerse —sobre una cartografía en la que se diseminan los diversos usos de Antonio Gramsci en la Argentina— el modo en que, hacia 1973, una franja de intelectuales vinculados con la llamada nueva izquierda argentina tramitó un proceso histórico vertiginoso y su colocación en él, proponiendo una revisión autocrítica de su ubicación inmediatamente anterior: en *Pasado y Presente* la escisión que Aricó constataba entre la “conciencia revolucionaria” y la “acción proletaria” pretendía saldarse a través de la tarea que emprendería el núcleo que organizaba la revista en tanto centro ideológico irradiador, creador de un nuevo lector y, por ende, de una “nueva conciencia”. *Comunicación y cultura*, en tanto, parecía definir de un modo más descentrado la relación entre la revista y lo social, entre vanguardia y movimiento: al mismo tiempo que señalaba que una publicación que no se vinculara con un “movimiento disciplinado de base” corría el riesgo de convertirse en la “expresión de un conventillo de profetas desarmados”, se subrayaba que el “objetivo propuesto no emanaba de la *buena intención* de los editores o de un comité editorial”: si

la revista pretendía posicionarse como un “instrumento de vinculación”, era porque le preexistían en diferentes lugares de América Latina “una multitud de respuestas” que los sectores dominados ofrecían en su práctica cotidiana de resistencia. En torno a esta “lucha multifacética” debían nuclearse, en consecuencia, los distintos intereses y las diversas investigaciones en materia de comunicación, tanto las que trataban “de expresar los nuevos proyectos embrionarios de cultura de las masas” como las que intentaban analizar las estrategias de “la burguesía y el imperialismo” en la batalla ideológica (1973: 3-4).

¿Cómo leer entonces esta línea hecha de continuidades y desplazamientos? ¿Qué sentidos nos permite poner de relieve? En una mirada diacrónica, la distancia entre uno y otro editorial pone de manifiesto un evidente cambio en la situación sociopolítica del país y del continente y una previsible modificación de la autopercepción de los intelectuales en torno a su función y a su colocación frente a los procesos de cambio. Asimismo, en un eje sincrónico, en el modo en que *Comunicación y cultura* definía en junio de 1973 la razón de su existencia se puede leer un sistema de posiciones en el campo cultural frente a una encrucijada teórico-política que exhibía fuerzas en pugna y organizaba alineamientos. En la modalidad con que *Comunicación y cultura* manifestaba su retorno o lectura de Gramsci puede leerse un diálogo (más o menos polémico) con algunas de las iniciativas afines que la circundaban. Podía interpelar polémicamente a los antiguos compañeros de ruta de Schmucler en *Pasado y Presente*, quienes también desde junio de ese año —aunque sin su participación— ponían en circulación el primer número de la breve segunda etapa de la publicación. Allí también podemos observar un desplazamiento en relación con su programa inicial, donde la figura de Gramsci volvía a invocarse con nuevas aristas.

En efecto, en “La larga marcha del socialismo en la Argentina” el colectivo editor de *Pasado y Presente* desplegaba una caracterización de la coyuntura política argentina y, en estrecha relación con las tensiones que visualizaba, explicitaba un programa para la revista en su nueva etapa. Las iniciativas obreras, las movilizaciones populares desplegadas desde 1969 y el triunfo electoral de Héctor Cámpora en marzo de 1973 mostraban un auge en la lucha de masas que habilitaba nuevas expectativas sobre el decurso histórico y, en especial, sobre la situación de las masas en relación con su conciencia socialista y su capacidad de poner en marcha instituciones de democracia revolucionaria (p. 1). Las palabras de Aricó que introducían la selección de textos del “Gramsci consejista” que se publicaban en este número permiten leer un cambio de

posición en relación con el tipo de intervención intelectual que se pretendía ejercer. Reflexionar sobre la “experiencia soviética en general y la de Gramsci en particular” tenía —escribía Aricó en “Espontaneidad y dirección consciente en el pensamiento de Antonio Gramsci”— “un enorme interés teórico y práctico” puesto que permitiría desplegar una serie de temas relevantes en la coyuntura actual: la emergencia y el estatuto de la conciencia socialista, el papel de la espontaneidad, del partido y de los intelectuales, la relación entre vanguardia y masas, entre otros; abrir esta discusión suponía —nos informaba— “una decisión por parte de la revista acerca de cuál debe ser su punto de partida” (p. 2). En la reivindicación que hacía Aricó a través de Gramsci del elemento espontáneo como base para la emergencia de una conciencia socialista y una práctica autónoma (donde no se disimulaba una crítica a la concepción de la vanguardia como depositaria de una verdad exterior a la experiencia de la clase) se puede leer una síntesis de los principios sobre los que se pretendía desplegar la nueva intervención. En esta línea en “La larga marcha al socialismo” el colectivo editor afirmaba que *Pasado y Presente* no pretendía “transformarse en un sustituto de la práctica política ni colocarse por encima de ella”; reivindicaba para sí, en cambio, un rol más “ideológico-político que político a secas: el de la discusión, abierta a sus protagonistas activos, de las iniciativas socialistas en el movimiento de masas, de los problemas que, en la ‘larga marcha’, plantea cotidianamente la revolución” (pp. 28-29). Este programa implicaba entonces una nueva modulación del proyecto editorial. El rol que imaginaba la revista, si bien se reservaba una tarea específica, parecía ahora un poco más modesto que en sus inicios: se trataba apenas de *abrir una discusión* sobre las implicancias teórico-políticas que subyacían en las iniciativas que tomaba el movimiento de masas; estas iniciativas no se pretendían *modelar teóricamente* ni mucho menos *crear*.¹¹

Pero también en la impronta gramsciana de *Comunicación y cultura* se figuraba en parte un modo de asumir algunos de los desafíos planteados en *Los Libros* en torno a la cuestión del intelectual, desplazando las problemáticas allí desplegadas y los marcos para abordarlas en una nueva formulación programática. Así, en la búsqueda de inserción en diversos movimientos de base —como modo de crear una “nueva teoría y una nueva práctica de la comunicación”— se puede leer un desplazamiento respecto al

¹¹ Más allá de las diferencias políticas que podían mantener sus promotores, se pueden rastrear huellas de los lazos de afinidad que unían a las revistas. En *Pasado y Presente* (Nº2-3, segunda serie, diciembre de 1973, p. 204) se anuncia la salida del primer número de *Comunicación y Cultura* mientras que en ésta (Nº2, marzo de 1974, p. 217) se anuncia la salida del Nº2-3 de aquella.

programa de *crítica política de la cultura* de *Los Libros*; y, en la apuesta por establecer relaciones orgánicas con una pluralidad de sujetos y movimientos, un contrapunto con su *partidización* maoísta.¹²

La lectura que proponemos encuentra su anclaje en los propios materiales de la revista. Si bien el artículo que Héctor Schmucler publicaba en el número 4 de *Comunicación y cultura* (1975) orientaba abiertamente la polémica contra Eliseo Verón y la revista de la Asociación Argentina de Semiótica que éste dirigía, *Lenguajes*¹³, una lectura atenta del *intertexto* que lo habita pone de relieve que allí Schmucler también revisaba su propia trayectoria en *Los Libros*, tamizaba su programa intelectual y debatía sus derivas a partir de su alejamiento.¹⁴

¿Cómo estudiar los medios masivos de comunicación? Schmucler descartaba lo que entendía eran las dos perspectivas más frecuentes en la materia: por un lado, la tradición de la sociología funcionalista, que se ofrecía como legitimación de la estructura social y para la cual los medios masivos debían cumplir un papel regulador de la sociedad; por otro, aludiendo a ciertos usos de la semiología estructural que se habían hecho en el país, proponía descartar la perspectiva que se postulaba “como ‘develadora’ de la ideología de los mensajes pero prescinde de la circunstancia político-social en que ese mensaje se inscribe” (p. 12). Para Schmucler, por el contrario:

La significación de un mensaje podría indagarse a partir de las condiciones histórico sociales en que circula. Estas condiciones significan en primer lugar, tener en cuenta la *experiencia sociocultural de los receptores*. Es verdad que el mensaje comporta significación pero esta sólo se realiza, significa, realmente, en el encuentro con el

¹² Es interesante notar que, mientras que *Los Libros* había perdido el apoyo de la editorial Galerna y a medida que avanzaba su *politización* y luego su *partidización*, veía reducirse los auspicios de las editoriales que la auspiciaban, Schmucler reflató para *Comunicación y cultura* una serie de relaciones que había forjado en *Los Libros*. A partir del número dos de *Comunicación y cultura* (estaba en imprenta en Santiago de Chile al momento del golpe de Estado de septiembre de 1973 y logró enviarse a Buenos Aires) la revista saldría con el auspicio de Galerna como sello editorial y recuperaría elementos del modelo comercial de *Los Libros*: exhibía en sus páginas anuncios de algunas editoriales que habían sostenido el proyecto de ésta, como Galerna, Siglo XXI, Plus Ultra, Tiempo Contemporáneo, Planeta y Ediciones de la Flor.

¹³ La polémica entre *Comunicación y cultura* y *Lenguajes* ha sido ampliamente comentada en la historiografía de los estudios en comunicación en la Argentina. Se pueden consultar, entre otros, Rivera (1987); Grimson y Varela (1999); Zarowsky (2013).

¹⁴ En este sentido es indicativo el uso de la primera persona en algunos pasajes del artículo. En clave de balance autobiográfico, Schmucler escribía que entre las razones que hacían necesaria la reflexión sobre los medios de comunicación se encontraba “una práctica social directa o indirecta (es decir, realizada por otros y asumida por mí)” que había ido “modificando concepciones que teníamos hace algunos años”. Más adelante refería al “proceso político que durante estos años ha sacudido a América Latina y que ha generado nuevas condiciones de pensamiento, a la vez que ha verificado o desechado la verdad de algunas hipótesis esgrimidas hasta ahora”.

receptor. Primer problema a indagar, pues, es la forma de ese encuentro entre el mensaje y el receptor: desde dónde se lo recepta, desde qué ideología, es decir, desde qué relación con el mundo (p. 12, *el subrayado me pertenece*).

El planteo suponía una ruptura con el modo en que desde las premisas de la semiología estructural se proponía confrontar los materiales de la cultura de masas haciendo uso de un estricto principio de *inmanencia textual*. El desplazamiento que proponía Schmucler, si bien sobre otra materia, revisaba los planteos de una zona de la crítica literaria que, en las propias páginas de *Los Libros*, se había afirmado sobre este principio,¹⁵ y también, más directamente en relación con el estudio de los mensajes de la comunicación de masas, con algunos de los planteos de Eliseo Verón, sobre todo en sus primeros estudios sobre las operaciones de semantización en los medios masivos (1971 [1969]). Ahora bien, las consideraciones de Schmucler también pueden leerse en contrapunto polémico con el modo en que, más inmediateamente, Beatriz Sarlo en las páginas de *Los Libros* —precisamente en el número que motivó la ruptura de su comité de dirección y el alejamiento de Schmucler— había practicado desde las premisas conceptuales de Roland Barthes y Algirdas Greimas un análisis ideológico estructural del discurso de la televisión al momento del Gran Acuerdo Nacional y de la campaña electoral del verano de 1973.¹⁶ Mientras que para Sarlo (“Los canales del gran acuerdo. Diez días de televisión”, 1972) el GAN encubría un programa de conciliación de clases que se proyectaba sobre una retórica televisiva despolitizadora que escamoteaba el conflicto como dato inherente de lo social, la referencia que hacía Schmucler a la *experiencia sociocultural de los receptores* como instancia donde se producía la significación tenía como fundamento la afirmación de la experiencia sociocultural de las masas peronistas. Schmucler recordaba que el propio Perón solía repetir que había ganado las elecciones con todos los medios masivos en su contra (en 1946 y en 1973) y que había sido derrocado con todos los medios a su favor. Así, en el “caso argentino” —escribía Schmucler— “existe una experiencia que determina que los mensajes políticos signifiquen muchas veces lo contrario de lo que intenta el emisor” (p. 12). La capacidad de convicción de los medios masivos estaba estrechamente ligada a los varios planos ideológicos que convivían en un receptor único, por lo que era inútil —concluía

¹⁵ Al respecto véase en especial los artículos de Nicolás Rosa (1969) y Josefina Ludmer (1970) en *Los Libros*. Para una lectura retrospectiva de la inscripción de estos trabajos en el panorama de la crítica, Cousido (2008).

¹⁶ En “Elecciones, cuando la televisión es escenario” (1973: 4-5) se puede seguir la perspectiva de lectura que desplegaba Sarlo en la que el análisis formal inmanente se articulaba con la crítica ideológica.

Schmucler— comenzar el estudio por el mensaje (aunque no descartaba su análisis): era preciso “bucear en las condiciones de recepción de ese mensaje para obtener datos reales sobre su significación”. Esas condiciones tenían “sustancialmente un referente político” (p. 13).¹⁷ Este desplazamiento teórico-metodológico en torno a cómo leer los mensajes de la cultura de masas —que, por cierto, anticipaba la agenda de los estudios en comunicación de las décadas venideras— se entreveraba entonces de manera más o menos directa con una evaluación de orden político: esto es, con una valoración diferencial del peronismo y un rescate de la experiencia cultural de los sectores populares.¹⁸

Lo que nos interesa poner de relieve aquí es el modo en que estas nuevas modulaciones teórico-metodológicas se forjaban en el marco de una inscripción política que habilitaba una toma de posición diferencial de Schmucler no sólo respecto del cientificismo que, en su visión, subyacía en la perspectiva de Eliseo Verón y el programa de la revista *Lenguajes*, sino también con respecto a los supuestos *vanguardistas* que anudaban el cuestionamiento del peronismo con la crítica ideológica de los mensajes de la cultura de masas en clave de denuncia: “todo utopismo izquierdista” —escribía Schmucler— “que no tenga presente la correlación de fuerzas actuantes en el ámbito social o que preconice ‘ideales’ al margen de la experiencia del pueblo, está llamado no sólo a fracasar, sino a reforzar las instituciones vigentes” (13-14). Si bien el espectro de los interlocutores en el universo cultural de la nueva izquierda a quienes les podían caber estas palabras era muy amplio, no es arriesgado leer aquí las discrepancias con la deriva maoísta que por entonces orientaba el programa de *Los Libros* a partir del alejamiento de Schmucler.

A modo de cierre:

¹⁷ No debe soslayarse el papel central que en materia de estudios de recepción y, más precisamente, en la redefinición del modo de comprender los procesos sociales de producción de significación tuvo el estudio de Mabel Piccini y Michèle Mattelart (1974) sobre la recepción de la televisión en los sectores populares en Santiago de Chile, publicado en el N°2 de *Comunicación y cultura*.

¹⁸ No obstante, colocándose a distancia de una posición *populista*, Schmucler proponía no pasar por alto la complejidad de la cuestión: la alteridad entre receptores y cultura de masas no se manifestaba necesariamente en otras áreas de la vida cotidiana (la moda, la moral, los estímulos sociales) donde, a su juicio, “el conjunto de los receptores no poseen experiencias distintas a los modelos de existencia que proponen las clases dominantes”. De allí que fuera necesario diferenciar distintos mensajes que se presentan a un mismo receptor “que posee niveles diversos de experiencias” (p. 13). Como contrapunto al modo en que Schmucler leía la articulación de cultura de masas y cultura popular puede leerse el comentario crítico de Sarlo (1975) en *Los Libros a Nazareno Cruz y el lobo*, el film de Leonardo Favio.

Hacia 1973, mientras se inclinaba a una militancia cada vez más cercana a la organización Montoneros, Schmucler se abocaba entre otras cuestiones a su trabajo como editor en la colección Comunicación de Masas de la editorial Siglo XXI de Argentina¹⁹, a la edición de la revista *Comunicación y cultura* y al dictado de una cátedra de introducción a la semiología en la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Plata. A partir de la asunción de Héctor Cámpora organizaría una materia de introducción a los medios de comunicación en la Carrera de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras, la primera de esta naturaleza en la Universidad de Buenos Aires. Allí, al calor del proceso político y del recambio de autoridades que se produjo con el nuevo gobierno, se intentó poner en práctica una profunda reforma de los planes de estudios. Poco después y por un breve tiempo, Schmucler sería director del departamento de Letras de la Facultad. Por entonces junto a un grupo de colaboradores, elevarían al rectorado la propuesta de crear un instituto de investigación en comunicación.

Se sabe: estas experiencias fueron efímeras. Pero dejarán una huella indeleble que será retomada a partir de 1983 en el marco del proceso de reorganización de la Universidad de Buenos Aires y la creación de la Carrera de Ciencias de la Comunicación en la también novel Facultad de Ciencias Sociales. La aceleración de los tiempos políticos a partir de 1974-1975 y su desenlace también es conocido. Schmucler partió al exilio en México, donde participó de algunas de las iniciativas que desplegaron en este país la comunidad de exiliados, entre ellos, la edición de la revista *Controversia*. También retomaría la co-dirección de *Comunicación y cultura* en 1978, junto a Armand Mattelart.

El itinerario intelectual de Schmucler, confluencia de *escritura, praxis editorial y militancia política*, es altamente productivo para reconstruir el proceso por el cual emergió y se autonomizó un espacio de saber especializado sobre la cultura y la comunicación que habilitaría tiempo después, bajo otras coordenadas, un proceso de institucionalización académica. Lejos de partir de una presupuesta unidad de esa formación de discursos, su figura intelectual y su trayectoria permiten explorar el espectro de las transformaciones, las variantes y los préstamos que impactaron sobre una trama abierta de relaciones con otras disciplinas y con núcleos de problemas

¹⁹ Sólo en el transcurso 1973 se editaron en dicha colección: *La comunicación masiva en el proceso de liberación*, de Armand Mattelart; *Agresión desde el espacio. Cultura y NAPALM en la era de los satélites*, de Armand Mattelart; *Cine, cultura y descolonización*, de Fernando Solanas y Octavio Getino; *La información de clase*, de Vladimir Ilich Lenin; *El cine como propaganda política. 24 días sobre ruedas*, de Alexander Medvedkin; *El lenguaje de la publicidad*, de Lisa Block de Behar.

emergentes en el campo cultural y político. Dan cuenta de la existencia de un espacio de cruces de discursos, saberes y prácticas, de tradiciones intelectuales y político-culturales desde los que se configuran y recortan los estudios en comunicación y cultura en el país y donde Schmucler —entre otras figuras intelectuales, pero sin duda alguien notable entre ellos— oficia como mediador o pasador. La emergencia de este espacio de saber debe ubicarse entonces en la trama específica de relaciones que entabla con un espacio social y cultural signado por un proceso de modernización cultural, actualización de la crítica literaria, institucionalización de las ciencias sociales y radicalización política de una franja del campo académico e intelectual. El itinerario intelectual de Schmucler nos invita a situar la historia de la emergencia de los estudios en comunicación en el país como un capítulo más, o mejor, como uno de los avatares de su historia cultural. Hombre múltiple, dedicado a la puesta en relación de esferas diversas de la práctica social, de tradiciones intelectuales y formaciones culturales heterogéneas, la figura de Schmucler nos sitúa ante un perfil intelectual híbrido, singular y producto de su tiempo. Su obra se funde con su *praxis vital*, en tanto confluencia de *textos* y de *prácticas significantes* y nos permite leer la trama social que supone todo texto, en tanto en tanto intervención social y lectura de la historia. O, de otro modo: los trazos que configuran esos textos donde el mundo se escribe a sí mismo.

Bibliografía

- Aricó, José (1963), “Pasado y presente”, en *Pasado y Presente* N°1, Córdoba, abril-junio.
- (1973), “Espontaneidad y dirección consciente en el pensamiento de Gramsci”, en *Pasado y Presente*, N°1 (segunda época), abril-junio.
- (1965), “Algunas condiciones preliminares sobre la condición obrera”, en *Pasado y Presente* N°9, abril-septiembre de 1965.
- (2005 [1988]), *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Beigel, Fernanda (dir.) (2010), *Autonomía y dependencia académica. Universidad e investigación científica en un circuito periférico. Chile y Argentina (1950-1980)*, Buenos Aires, Biblos.
- (2011). *Misión Santiago. El mundo académico jesuita y los inicios de la cooperación internacional católica*, Santiago de Chile, LOM.
- Biedma, Patricio (1970), “La juventud como mitología”, en *Los Libros*, N°12, Buenos Aires, octubre, p. 9.
- Burgos, Raúl (2004), *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI.

- Casullo, Nicolás, *Las cuestiones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Crespo, Horacio (1999), “Córdoba, *Pasado y Presente* y la obra de José Aricó. Una guía de aproximación”, *Estudios*, N°7-8. Córdoba.
- *Comunicación y cultura* (1973), Editorial N°1, Santiago de Chile.
- Cousido, Diego (2008), “Actualización teórica, lucha ideológica en el caso de *Los Libros*”, *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, N°4, Buenos Aires, primavera-verano.
- de Diego, José Luis (2007 [2003]), *Quién de nosotros escribirá el Facundo. Intelectuales y escritores en Argentina* (1970-1986), Ediciones al Margen, La Plata.
- Fontdevilla, Eva, Pulleiro, Adrián (2004-2005), “*Los Libros*. De la modernización a la partidización”, *Zigurat*, N°5, diciembre-enero, pp. 168-173.
- Gilman, Claudia (2003), *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires. Siglo XXI.
- Grimson, Alejandro, Varela, Mirta, *Audiencias, cultura y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- Grupo de Investigación de Revistas Argentina del Siglo XX (2005), “*Los Libros*: la construcción de un texto posible, entre el Cordobazo y el Golpe”, revista *El Matadero*, N°4, pp. 241-260.
- Lenarduzzi, Víctor (1998), en *Revista Comunicación y Cultura. Itinerarios, ideas y pasiones*, Buenos Aires, Eudeba.
- *Los Libros* (1969), “La creación de un espacio” [editorial], N°1, Buenos Aires, julio.
- (1970), “Etapa” [editorial], N°8, Buenos Aires, mayo.
- (1970), “Revistas. Cuadernos de la realidad nacional (N°3, especial)”, N°9, Buenos Aires, julio.
- (1970), “Editorial”, N°13, Buenos Aires, noviembre.
- (1971), “Editorial”, N°15-16, Buenos Aires, enero-febrero.
- (1971), “Editorial”, N°20, Buenos Aires, junio.
- (1971), “Puntos de partida para una discusión”, N°20, Buenos Aires, junio.
- (1971), “Editorial”, N°21, Buenos Aires, agosto.
- (1972), “Editorial”, N°27, Buenos Aires, julio.
- (1972), “Hacia la crítica”, N°28, septiembre.
- Ludmer, Josefina, (1970), “La literatura abierta al rigor”, *Los Libros*, N°9, Buenos Aires, julio.
- Mattelart, Armand (1971), “Los medios de comunicación de masas en un proceso revolucionario”, en *Los Libros*, N°15-16, Buenos Aires, enero-febrero.
- Mattelart, Michèle, Piccini, Mabel (1974), “La televisión y los sectores populares” en *Comunicación y Cultura* N°2, Buenos Aires, Galerna.
- Mangone, Carlos (1997), “Revolución cubana y compromiso político en las revistas culturales”, en AA.VV. *Cultura y política en los años '60*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, pp. 187-205.
- *Pasado y Presente* (1973), “La Larga marcha del socialismo en la Argentina”, N°1 (segunda época), abril-junio.
- Rosa, Nicolás (1969) “Nueva novela latinoamericana ¿nueva crítica?”, en *Los Libros*, N°1, julio.
- Sarlo Sabajanes, Beatriz (1972), “Los canales del GAN. Diez días de televisión”, en *Los Libros*, N° 27, Buenos Aires, julio.

- (1973) “Elecciones: cuando la televisión es escenario”, en *Los Libros*, N°29, Buenos Aires, marzo-abril.
- (1975) “Sobre Nazareno Cruz y el lobo”, en *Los Libros*, N°40, Buenos Aires, marzo-abril.
- Schmucler, Héctor (1971), “Carta a LIBRE”, en *Los Libros*, N°20, Buenos Aires, junio.
- (1972), “La búsqueda de la significación literaria”, en *Los Libros*, N°28, septiembre, pp. 17-18.
- (1975), “La investigación en comunicación masiva”, en *Comunicación y Cultura* N°4, Buenos Aires.
- 2002 [1972]), “Donald y la política”, en Ariel Dorfman y Armand Mattelart, *Para leer al Pato Donald*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Somoza, Patricia, Vinelli, Elena (2011), “Para una historia de *Los Libros*, *Los Libros* (edición facsimilar), Buenos Aires, Biblioteca Nacional.
- Rivera, Jorge (1987), *La investigación en comunicación social en Argentina*, Buenos Aires, Puntosur.
- Tarcus, Horacio, “El corpus marxista”, en Susana Cella (dir.), *La irrupción de la crítica*. Vol. 10. de Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura Argentina*, Buenos Aires, Emecé.
- Terán, Oscar, (2013 [1991], *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina (1956-1966)*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Verón, Eliseo (1974), "Acerca de la producción social del conocimiento: El estructuralismo y la semiología en la Argentina y Chile", en *Lenguajes*, n°1, Buenos Aires, abril.
- (1971 [1969]), “Ideología y comunicación de masas: la semantización de la violencia política”, en Verón, Eliseo, *Lenguaje y comunicación social*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Wolff, Jorge (2009), *Telquelismos latinoamericanos. La teoría crítica francesa en el entre-lugar de los trópicos*, Buenos Aires, Grumo, 2009.
- Zarowsky, Mariano (2013), *Del laboratorio chileno a la comunicación-mundo. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart*, Buenos Aires, Biblos.